

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 355

25 cts.



**EL MEJOR
CABALLERO**

POR

Norma Talmadge
Gilbert Roland
Noah Beery

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis

Administración

Teléfono 4423 A

Año VII

BARCELONA

N.º 355

EL MEJOR CABALLERO

Sugestiva producción, interpretada
por la exquisita artista

NORMA TALMADGE, GILBERT ROLAND
(Luis Alonso) y NOAH BEERY

Producción de

United Artists

Exclusiva de

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla Cataluña, 60 y 62 - BARCELONA

Con esta novela se regala la fotografía de NITA NALDI

El mejor caballero

Argumento de la película

Greenshore, país tropical donde el trabajo era, entre sus muchas enfermedades, la peor de las dolencias, no podía ser recomendado a los turistas más que por una cosa: conocer al "gran caballero", cacique, amo y señor, sí que también el más imbécil de todos los habitantes, señor Peterson.

Heredero de vastas haciendas, Peterson, que se había nombrado a sí mismo "gran caballero", mandaba en todos los funcionarios del Estado, grandes y pequeños, de aquel territorio, por su repetida ayuda a las exhaustas cajas del Tesoro.

Nada detenía al poderoso caballero en el logro de sus caprichos, y cuando alguna puerta se le cerraba, sin vacilación, escudándose en la impunidad, la derribaba triunfalmente.

Ultimamente, para "premiar" sus innumerables servicios al Estado, fué nombrado go-

bernador general; y la balanza de la justicia, para lo que a él le convenía, tenía por platos las palmas de sus manos y por nivel su oscuro cerebro.

Al principiar esta narración le encontramos arrellanado en una poltrona ante una mesa, esperando el momento de su ocupación favorita: la comida.

Para distraerse durante la espera, a presencia suya se desarrollaba una escena que llenábale de satisfacción.

Se trataba, sencillamente, de ejecutar a un prestigioso militar, cuyo único delito era ser enemigo político del "gran caballero".

En el patio de la hacienda de Peterson, que era donde se hallaba éste, habíase congregado una multitud ávida de emociones, partidaria, más por temor que por simpatía, del gobernador, para presenciar el fusilamiento del militar caído en desgracia.

Junto a un paredón, destinado, al parecer, a actos parecidos, pues no era la primera vez que se ejecutaba allí a un hombre, el reo esperaba valerosamente el momento en que su cuerpo caería agujereado por las balas de los mercenarios del cacique, su odiado enemigo, odiado por su injusto poder que empleaba en humillar, herir o matar a los que no le eran gratos.

Sin duda alguna, Peterson procedía de una

raza salvaje, ya que en su familia había individuos de instintos dignos del peor de los criminales, como por ejemplo su primo, dueño de una panadería, que regentaba un hombre de su confianza para ahorrarse él el menor trabajo.

Ese pariente, mientras en el patio de Peterson esperaba la muerte un inocente cuya bravura hacía sombra al "gran caballero", entró en su tienda de pan en el instante en que un pobre viejo, impulsado por la miseria que padecían su mujer, un nietecito y él mismo, robaba un pan con que alimentarse un poco.

Logrado el hurto, el pobre viejo iba a huir, y su espanto no tuvo límite al encontrarse cerca de la puerta frente a frente del dueño, cuya maldad no desconocía nadie.

—¡Oh!... Yo... — gimió el infeliz.

El dueño, sonriendo abiertamente, con la consiguiente sorpresa por parte del miserable, dió a éste varios panes más, complaciéndose en poder sacarle de la penuria en que vivía.

—Pero, señor...

—¿Quiere otra cosa más? Pida lo que quiera, hombre...

—Gracias, gracias... Con este pan viviremos al menos una semana, como príncipes.

Radiante de felicidad, el viejo dirigióse al encuentro de su mujer, y cuando iba a darle

alcance sonó un disparo y cayó de espaldas al suelo, bañado en sangre.

La mujer dió un grito de intenso dolor y rabia, y el encargado de la panadería, asombrado, dijo al dueño:

—¿Qué ha hecho usted, señor?

—¿No lo ves, carcamal? Para la vida de miseria que llevaba...

Acudió gente. La justicia entendería en el asunto; pero al desalmado no le inspiraba mucho miedo la justicia...

Su primo, el "gran caballero", se encargaría de sacarle de aquel trance, en el que le había puesto su capricho de matar a un pobre viejo por el placer de observar sus gestos al morir.

El momento de la ejecución del militar en el patio de Peterson era ya inminente.

El lugarteniente del "gran caballero" esperaba la señal de éste para mandar disparar, pues los soldados tenían ya el arma al hombro, prontos a cumplir a la voz de "Fuego".

Pero se retrasó unos minutos la ejecución, pues el "gran caballero" accedió a que el reo dirigiese la palabra, como era su deseo, a los presentes.

El lugarteniente no estaba muy dispuesto a ello, pues sabía que lo que dijese el militar no sería agradable ni mucho menos a Peterson, mas éste, sonriendo, le murmuró al oído:

—Dejémosle hablar... Puede que nos diga algo divertido.

Y el militar, con exaltación, explicó su vida de honradez y sacrificio en aras de la gloria de la Patria.

Mientras el infeliz hablaba, el "gran caballero" bostezaba como un energúmeno y, un poco después, como atraído por sus bostezos, se acercaba a él el cocinero de la hacienda, para mostrarle un plato succulento, a fin de que lo probase antes de sacarlo definitivamente del horno.

Tan vanidoso como glotón, Peterson dijo al cocinero:

—Un poco más de salsa y algunas setas cortadas muy finas.

En tanto, el oficial seguía hablando, y, siguiendo recto su plan de sincerarse con los presentes, manifestóles:

—No es él, además, bien lo sabéis, el más gran caballero de Greenshore. ¡Soy yo!

No podía decir nada peor. Peterson miró al lugarteniente y le dió categóricamente la orden de ejecución.

—¡Fuego! — gritó el sicario del gobernador.

Y el bravo militar dejó de hablar para siempre.

La multitud no se atrevió a protestar, pero en muchos rostros se reflejaba el descontento

por aquella forma arbitraria de hacer justicia.

Echando de ver esta desagradable impresión de la gente, el lugarteniente se permitió decirle al jefe:

—¿Se me permitirá decir, Excelencia, que ha sido un error no dejarle terminar su discurso?

Irguiéndose altanero, el bruto respondió:

—¡Yo, Arcadio Peterson, no cometo errores! ¡Mi querer es ley!

E importándole un mito la opinión de la multitud que desfilara tristemente hacia la ciudad, mandó que retirasen de allí al desdichado militar, y, una vez borradas todas las huellas del crimen, se acomodó más y mejor en su poltrona, llamando al cocinero para que le sirviese sin más demora la comida.

**

El cabaret más favorecido de Greenshore era "El Cerdo Amarillo", regido por Miguel Marshall, un renegado americano.

Hombre sin escrúpulos, sin otro afán que darse una buena vida, Marshall era un tirano para las infelices mujeres que actuaban en su establecimiento como tentadoras mariposas de carne.

Pero aquella tarde, cuando el sol declinaba,

estaba jovial, y como si las muchachas le hubiesen preguntado la causa de su alegría, les dijo:

—El señor Peterson me ha tomado el local para esta noche. ¡Viveza, muchachas! No es un hombre muy fino, pero manda bien... y paga mejor.

Algunas celebraron la noticia, pero otras la recibieron friamente, pues no era santo de su devoción el “gran caballero”.

Unas horas después, Peterson llegó, con su séquito, como un jefe de bandidos con sus secuaces, cerca del cabaret. En la plazoleta donde éste se hallaba enclavado se le rindieron honores, y mientras el vanidoso contemplaba a la muchedumbre, sintiéndose padre de todos, una señorita inglesa, acompañada de su papá, llegados ambos allí como curiosos, en viaje de estudios, por parte del hombre, y de placer, por parte de la señorita, dirigía sus miradas en dirección al gobernador y decía a su progenitor, entusiasmada:

—¡Qué hermosa cabeza, papá!

Peterson oyó este requiebro y, disimuladamente, miró a la autora, hinchándose como un pavo de gozo.

La señorita continuó diciendo:

—¡Qué bonitas piernas!

¡Caramba! ¿Se habría enamorado perdidamente de él?

Instintivamente Peterson se miró las piernas, encontrándolas muy relucientes con las finas botas de montar, pero sufrió el más terrible de los desencantos al oír como la señorita, prosiguiendo en sus exclamaciones de entusiasmo, añadía a su padre:

—¡Y qué encanto la crin y la cola!

¡Se refería al caballo que montaba el “gran caballero”!

¡Qué chistosa, la niña!

Peterson, malhumorado, entró en el cabaret, y sus secuaces se instalaron, una parte en el interior, ocupando la mayoría de las mesas, y otros por los alrededores, para defender la vida de su amo y señor en caso de peligro.

Las artistas trabajaron como mejor supieron para complacer al “gran caballero”, y cuando a éste le ordenó el estómago, el único que mandaba en él, que debía darle satisfacción, hizo suspender el espectáculo y, con todas las muchachas, fué a una habitación inmediata, sentándose a una larga mesa que había mandado preparar.

Para todas tenía caricias el “gran caballero”. Comía como un ogro y gesticulaba como un salvaje, embriagándose de perfume de mujer...

Al llegar al champaña, dijo, lleno de soberbia:

—Brindó por las damas... y por el más

perfecto caballero de Greenshore... el señor Peterson... ¡yo!

Las muchachas sonrieron ante tamaña "modestia" y brindaron. ¡Por lo que les importaba a ellas brindar por uno o por otro!

Entretanto, en el bar de cabaret hacía su aparición Juanito Powell, "el joven de los dados", apasionado e impulsivo.

Muchacho agradable e inteligente, Juanito era un náufrago de la vida arrojado por la desgracia a aquellas costas tropicales, donde se ganaba la vida actuando como "croupier" en la casa de juego de la localidad.

Nadie sabía a cuál de las muchachas del cabaret había engatusado Juanito, para que fuera allí todas las noches, donde antes no se le veía nunca.

Ni Marshall conocía el secreto, y bien que le pesaba, pues no estaba dispuesto a consentir que nadie "distrajese" a sus "esclavas".

Acercóse Juanito al mostrador, pidió una bebida, y sus ojos, grandes y soñadores, miraron con insistencia, suplicantes incluso, hacia los cuartos de las artistas, deteniéndose en la puerta del que pregonaba este nombre: Azucena.

Al lado de Juanito se hallaba su amigo y compañero de oficio Guillermo, medio mareado por haberse distraído bebiendo. Al ver a Juanito tan interesado en mirar hacia los

cuartos de las artistas, situados en el primer piso, buscó la dirección de las miradas de aquél y leyó también el nombre de Azucena.

¡Bah! ¡Qué tonto era Juanito perdiendo el tiempo pensando en mujeres!

Y Guillermo continuó sorbiendo el contenido de una copa, pero su amigo, como soñando, le dijo:

—¿Qué te parece la nueva artista, Guillermo? Muy interesante, ¿verdad?

El aludido se encogió de hombros y repuso: —Tú sabes, Juanito, que me incomodan las mujeres... y, sobre todo, las interesantes.

—Una mujer es lo más bello del mundo, Guillermo.

—Para ti... Para los incautos... ¡A mí, no!

Juanito no le hizo caso y mientras Guillermo se quedaba murmurando contra Dios sabía quién y por qué motivo, se dirigió a la pieza donde se hallaba nada menos que el "gran caballero" en compañía de las mariposas, y se sentó a una mesita situada en un rincón.

¿Qué iba a hacer allí?

Sencillamente: esperar la aparición de Azucena, ya que no dudaba que Peterson la mandaría llamar.

Pero ¿el "gran caballero" no lo expulsaría al fijarse en él?

Tal vez sí, pero no metiéndose con él ni con ninguna de las mujeres que le acompañaban, le dejaría, probablemente, tranquilo. Lo que interesaba a Juanito era ver a Azucena, y nada más.

Y Azucena, que se disponía a actuar, apareció en el comedor ocupado por Peterson.

Azucena era el último debut de "El Cerdo Amarillo" y la artista más aplaudida y codiciada del elenco.

Joven y bellísima, distinguida y excelente guitarrista y cantante, hacía las delicias de todos.

El corazón de Juanito dió un vuelco de alegría en su pecho. ¡Cuán insignificante se consideraba ante la hermosa criatura!

Peterson la descubrió de pronto y, yendo hacia ella, exclamó, maravillado:

—¡Dios! Qué ojos más asesinos tiene usted!

Trató de abarcarle el frágil talle con sus manazas, pero la artista, sonriéndole con picardía, se apartó graciosamente de él.

Juanito contemplaba la escena lleno de fe en la bondad de Azucena y también lleno de celos.

Peterson, acicateado por el deseo, continuó sus galanteos con Azucena, convencido de que lograría su conquista, aunque le costase más que las otras, porque bien valía la pena...

La invitó a sentarse con él a la mesa y beber unas copas de champaña.

Pero ella le dijo, desarmándole siempre con su sonrisa de cielo:

—Señor, mi deber es tocar la guitarra y cantar, no sentarme a una mesa con ningún hombre.

—¡Los deberes los impongo aquí yo, el señor Peterson! —replicó seguro de su poder, el "gran caballero".

Empero Azucena no se inmutó lo más mínimo y de sus labios no se apartaba su eterna sonrisa.

Las otras muchachas miraban con envidia a su compañera, sorprendiéndoles el desdén de ésta para con el poderoso caballero, y, furioso por la sospecha de que Azucena sería algo difícil de dominar, gritóles a aquéllas:

—Podéis marcharos. Ya no os necesito. Quiero estar solo con Azucena.

Las mariposas no se dieron prisa en acatar la humillante orden, y, de nuevo, el ogro gritó:

—¡A ver cómo os digo que salgáis!

Era inútil resistirse, pues el bruto lo era demasiado. Y las muchachas fueron desfilando hacia el cabaret, donde las estaba esperando un hervidero de gente, pero algunas le dirigieron cuchufletas de su extenso repertorio.

Así, quedaron solos el "gran caballero", Azucena y Juanito, quieto en su rincón.

Peterson, admirando fijamente a Azucena, que era la mujer más bonita que había visto en su vida, exclamó:

—¡Santa Ana bendita qué ojos! ¡Hay que brindar por ellos!

Ella no tuvo inconveniente en hacerlo, porque una cosa es brindar y otra cosa es acceder a los caprichos de un libertino...

La actitud de Azucena, en lugar de apaciguar los libidinosos anhelos del hombre que estaba acostumbrado a hacer siempre su voluntad, ponía fuego en sus venas y se contentaba por verdadero milagro, extrañándose de ello y no acertando a explicarse la causa del respeto que le inspiraba, en medio de sus más desatados afanes, la irresistible belleza de aquella angelical mujer.

Trató de ganarla por la persuasión, prometiéndole cuantas riquezas deseara.

La llevaría, si ella quisiera, a su hacienda, le compraría todo lo que pidiera, hasta el cabaret, si tal era su deseo.

Azucena, muy tranquila, confiando en la influencia que ejercía en él, y gracias a la cual podía hacerle frente con valentía, contestó:

—No puedo ir con usted, señor, ni puedo aceptarle nada... porque ya tengo novio.

Juanito sufrió un inesperado desencanto. ¡Tenía novio!

Salió de allí y, reuniéndose con su amigo Guillermo, cuyo mareo iba en aumento, le dijo, compungido:

—Tiene novio, Guillermo!

Y Guillermo, filósofo a su manera, comentó:

—¿Ves tú lo que son las mujeres? Sin conoceros, ya te hace sufrir.

**

Peterson estrechaba el cerco, pero la plaza era inexpugnable; y como viese que él se ponía pesado y peligroso, Azucena, sin dejar transparentar sus recelos, ocultándolos con su sempiterna sonrisa, que era lo que más desconcertaba al "gran caballero", le dijo, por si lograba calmarlo con amenazas pronunciadas como en broma:

—Cuidado, señor... Mire que mi novio es muy celoso y me vigila.

Y le señaló un sujeto de mala catadura que apuraba un vaso de vino en el mostrador del bar.

Pero Peterson conocía a aquel sujeto, que era precisamente uno de sus secuaces, y fué de atrevimiento en atrevimiento con ella, y Azucena se vió obligada a echar a correr por la estancia para rehuir el venenoso contacto del odioso "gran caballero".

—¡Ven aquí, preciosa! ¿Por qué me temes?

—Pero si yo no le temo...

—Entonces, ¿por qué huyes de mí?

—Por el placer de correr un poco... Y a usted también le conviene moverse, para digerir mejor...

—¡Ah, pícara! Te gusta hacerte desear, ¿eh? Bien, bien...

Quiso ser más fino, pero le abrasaba de tal modo la sed de los labios de la bella, que no pudo menos de lanzarse abiertamente al asalto.

Y Azucena se disponía ya a gritar o a romperle una botella o cualquier otro objeto al alcance de su mano en su cabezota, cuando entró en la habitación donde ellos se hallaban, el lugarteniente del gobernador.

Este, al ver a aquél, no tuvo la menor duda de que había ocurrido algo grave, y separándose de Azucena se acercó al recién llegado, quien le dijo:

—Algo desagradable, Excelencia... Su primo Pedro Storm ha hecho otra muerte.

Peterson maldijo interiormente a su pariente, pero, por tratarse de él, a quien debía ciertos favores, no vaciló en dirigirse con su lugarteniente hacia la jefatura de policía; pero antes de marchar prometió a Azucena que no tardaría en volver a su lado.

—¡Que el diablo te lleve! — pensó la bella artista para sus adentros.

Y, al verse sola, se disponía a marcharse de aquella habitación, cuando el dueño del cabaret, deteniéndola con su aparición, le dijo, buscando su propio negocio:

—Este señor Peterson es el más poderoso de Greenshore. Conviene que lo trates bien, querida.

Con fina ironía, ella le respondió:

—¿Qué me cuenta usted, señor Marshall?

—Como lo oyes, muchacha. Procura que le aquemos los billetes, y después... ¡ya puedes nasta matarlo, si se te antoja!

Sobre estas palabras marchóse el dueño del cabaret y Azucena quedó pensativa en aquella habitación.

**

Juanito, que con Guillermo, completamente mareado, se hallaba en la plazoleta, sorprendió a Azucena por entre las rejas de una ventana, en su tristeza, y, por si podía consolarla, entró de nuevo en el cabaret y de éste pasó a la estancia donde ella estaba. Aproximóse a ella tímidamente, tosió para informarla de su presencia, y cuando vió que levantaba sus húmedos ojos hasta él, murmuró:

—Perdone... ¿Se encuentra usted mal?

Ella, a pesar de su tristeza, sonrió, reconociendo en Juanito al joven que la aplaudía ferrosamente cada noche, y contestóle:

—No es nada... Gracias...

—Creí que ese hombre...

—Sé defenderme, amigo mío...

—Ya lo he visto, y la felicito.

—¿Me estaba usted observando?

—¿Es pecado interesarse por... alguien?

—Todo lo contrario... Pero ¿por qué no se acercó antes a hablarme, como los demás clientes, siquiera para decirme que le gustaban mis canciones?

—Es usted tan seria...

—Pero no me como a nadie...

—Me lo imagino.

—¿Entonces...?

—Me inspiraba usted mucho respeto... Ahora mismo, no me atrevía a hablar a usted porque la oí decir a ese camello que tenía usted novio.

—¿Usted me oyó decir eso? Lo siento de veras.

—Yo también...

—Pero yo no estoy loca por ese novio, ¿sabe usted? El sí que está loco por mí, que no es lo mismo.

—En este caso, no lo siento tanto...

Azucena había sufrido una brusca transformación desde que Juanito se decidió a hablarle. Su mal humor había desaparecido para dejar el paso franco al optimismo. El muchacho le era muy simpático y le agradecía mucho la timidez que había observado con ella hasta aquel momento, felicitándose al propio tiempo de que, al fin, la hubiese vencido.

Desde la ventana vió Azucena a Guillermo, y dijo a Juanito, mostrándoselo:

—Allí le tiene usted... Mi enamorado.

Juanito miró y se echó a reír al recono-

cer a su compañero, que estaba muy ocupado "devolviendo" lo que había bebido de más.

—¡Si ése es mi compañero Guillermo... el campeón mundial del odio a las mujeres! — exclamó.

Azucena no tuvo más remedio que confesar la verdad.

—En fin, no tengo novio. Mentí por necesidad y ahora por oír a usted.

Esta revelación dilató de emoción el pecho del enamorado, quien, sin poderse contener, dijo con toda su alma:

—¡Sin novio! ¡Gracias, Dios mío! ¡Está libre su corazón!

Y por si esto no equivalía a una declaración de amor, que Azucena aceptaba gustosamente, los dos jóvenes se contemplaron extáticos, mientras la guitarrista rasgueaba con ternura su instrumento.

Acababan de conocerse y parecía que se trataban de mucho tiempo. Se realizaba el milagro de atracción de las almas.

En aquellos momentos, en la jefatura de policía, Peterson conseguía, gracias a su influencia y a sus arbitrarios procedimientos, poner en libertad sin fianza a su primo Pedro; y al disponerse a regresar al lado de Azucena, advirtió al criminal:

—Cuando necesites matar a alguien, Pedro, no lo hagas mientras yo estoy en coloquio sentimental con una bella.

Y por toda respuesta, el bandido contestó:

—Dispénsame, querido primo; no lo sabía. Transcurrió aún media hora, durante la cual Azucena y Juanito se dijeron con los ojos todo cuanto con los labios pueden decirse dos enamorados, y ella le miraba con tal ilusión, viéndolo en él al hombre soñado, que Juanito tuvo que decirle, no respondiendo de sus actos si la tentación seguía haciendo presa en él:

—¡No me mire usted así, por lo que más quiera! ¡No puedo resistirlo!

—No sé mirar de otro modo, amigo mío.

—Azucena... qué linda, qué linda es usted...

—Conozco el estribillo más que usted...

—Pero yo...

—¿Qué?

—Quiero decirle una cosa antes de marcharme... Estoy empleado en el salón de juego de enfrente, y he de acudir ahora a cumplir mi obligación... ¿Llamará usted a Juanito Powell si ese hombre vuelve a molestarla?

—No se me olvidará el nombre, se lo prometo.

—Gracias, Azucena.

—Adiós, Juanito.

Y, cantando, considerándose el hombre más feliz del mundo, Juanito se alejó del cabaret.

A poco reapareció delante de Azucena, más sediento de sus caricias que antes, el "gran caballero".

—¿Tardé mucho, preciosa? Cuando uno es poderoso, no le dejan en paz ni un momento... Ven... Acércate...

—Las manos quietecitas, ¿eh?

—No seas arisca, mujer. ¡Quinientos dólares por un solo beso!

—No, no... Yo vivo de mi trabajo, señor, no de mis besos.

—¡Cinco mil dólares!

El dueño del cabaret, que espiaba a Azucena, entró en la estancia y la miró severamente. ¿Es que iba a dejar perder la oportunidad de ganarse, a medias, cinco mil dólares... y algunos más?

Azucena, sin ningún temor, respondió a Peterson:

—¿No he dicho a usted que tengo un enamorado y que es muy celoso?

El dueño la interrumpió furiosamente.

—¡Deja ya esa patraña del novio celoso, niña! ¡No tienes novio tú!

—¿Qué sabe usted de mi vida? ¿Y qué me dice usted de Juanito Powell, que está en la casa de enfrente?

—¿Juanito Powell?

—Sí, el jugador. ¿Qué le parece? ¿Tengo o no tengo novio? ¿Cómo podía usted penetrar en mis sentimientos?

El dueño indignóse en su fuero interno contra ella, y Peterson, comprendiendo que nada podría conseguir de la artista aquella noche, pues debía separarse de él, requerida por el público del cabaret, y después de la función el dueño no podía obligarla a permanecer en el establecimiento, adoptó una actitud de "ca-

ballero" y retiróse... pensando insistir en mejor ocasión...

**

A la mañana siguiente, Azucena y Juanito fueron a pasear por la playa, y a la canción de las olas se unió la de su amor, estremeciéndose la linda criatura, por vez primera en su vida, al oír las frases apasionadas de su enamorado.

Y sus labios, al unirse, proclamaron el triunfo del cariño verdadero.

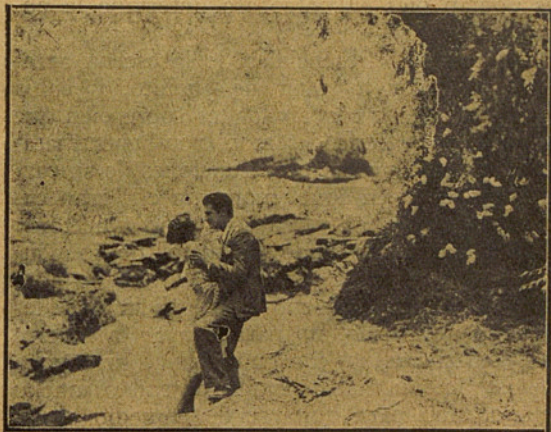
Pero Peterson, el "gran caballero", había tomado sus medidas para desembarazarse de su rival; y aquella tarde mandó a la casa de juego—donde la turista inglesa que admirara tanto el caballo de Peterson, pensando éste que el admirado era él, ganaba todas las apuestas, sulfurando a Guillermo porque ganaba de aquel modo y porque llamaba rodajitas a las fichas—a su primo Pedro, el matón, con instrucciones para que no fallase el golpe.

Y ese golpe consistía en provocar a Juanito y matarle como obrando en legítima defensa.

Empezó la "jugada". Pedro tiró los dados sobre el tapete y perdió. Luego hizo una señal al dueño del cabaret donde actuaba Azucena, el cual estaba en combinación con él, habiéndole acompañado a la casa de juego en cuya mesa se sentó al otro lado de Juanito; y el citado dueño cambió un dado de Jua-

nito por uno que él llevaba en un bolsillo del chaleco.

Volvió a jugar Pedro, y esta vez ganó; pero Juanito, que había visto, como estaba en el plan de los bandidos, el cambiao, desenmascaró a Pedro, y éste, haciéndose el inocente, gritó:



...y a la canción de las olas se unió la de su amor...

—¿Es que te has creído que yo hago trampa?

—¡He visto vuestra jugada, fulleros! —respondió Juanito.

—¡El fullero eres tú, y vas a pagarlo!

Pedro sacóse el revólver y cuando iba a disparar cayó muerto.

¿Quién le había herido?

El revólver humeante de Juanito encargóse de revelar que éste había sabido adelantarse al bandido, cuyas intenciones había adivinado en seguida.

Inmediatamente, mientras los turistas ingleses ponían pies en polvorosa, intervino la policía.

Los testigos presenciales de la escena anterior declararon a favor de Juanito, y había noventa y nueve probabilidades sobre cien que el *croupier* no sería detenido, por haber matado en defensa propia y en funciones de su cargo; pero llegó en aquel momento el "gran caballero" y éste, al ver a su primo muerto, y enterado, con profundo disgusto, de lo ocurrido, por el dueño del cabaret, que se adelantó a recibirle, ordenó a la policía que detuvieran al asesino, no para vengar la muerte de su pariente, la cual no sentía, ni mucho menos, pues la había estado deseando mucho tiempo, sino para quitarse de enmedio al rival que le robaba a Azucena, la codiciada artista que había de ser suya de un modo u otro.

La justicia se apoderó, pues, de Juanito, a pesar de las protestas de la gente, y cuando se lo iba a llevar llegó al salón de juego, ajena a lo ocurrido, la gentil Azucena.

—¿Qué es eso? — dijo al ver a Juanito con la policía.

Se abrazó a él, y, enterada de lo ocurrido, sospechó la verdad al ver juntos a Peterson y al dueño del cabaret, y les echó en cara su mala partida, fallida gracias a la rapidez de Juanito, más listo que el sicario mandado por el malvado Peterson.

El gobernador disculpó, por galantería, las palabras, pronunciadas en un momento de ofuscación, de Azucena, e insistió, con señas fugaces, en la detención de Juanito.

Azucena no se apartaba de su amado, y éste, llamando a Guillermo, viendo que era inútil resistirse a la justicia, le encargó que velase por su prometida; y Guillermo, sólo porque se trataba de la amada de su mejor amigo, aceptó la sagrada misión.

Se llevaron a Juanito, y, desesperada, Azucena, junto con los compañeros del inocente, buscó la manera de procurar su salvación.

¿No lograrían libertarle, para que pudiesen huir él y ella, en una lancha, hacia otro territorio, sobornando al director de la cárcel?

La idea, expuesta por Azucena, pareció la mejor a los compañeros de Juanito, y todos renunciaron a cuanto de valor tenían para entregar, en dinero o joyas, la mayor cantidad posible. Azucena, en su afán de engrosar la suma, renunció incluso al anillo de compromiso que le regaló su amado, y que era de cierto valor.

Y la idea surtió efecto, accediendo, el director de la cárcel, en vista del premio, a que

en el pan destinado al preso se introdujese una lima...

**

Al llegar la noche, Azucena esperaba a Juanito al pie del último muro de la cárcel, y cuando más esperanzada estaba presentóse ante ella el "gran caballero".

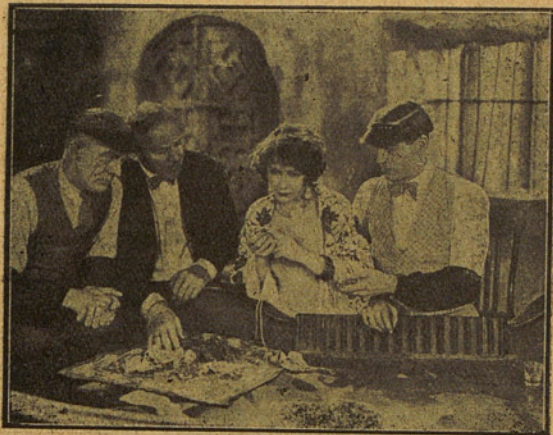


...aceptó la sagrada misión.

¡Todo había sido descubierto! No en vano tenía el poderoso cacique una legión de esbirros a sus órdenes.

Al verle, Azucena palideció, y él, con cinismo sin par, le dijo, mostrándole un piquete de

soldados que, parapetados detrás de una barca volcada en el suelo, esperaban el momento de la fuga del preso, que ya saltaba por el tejado de la cárcel:



...renunció incluso al anillo de compromiso..

—Yo puedo más que todos, encantadora Azucena. Mira...

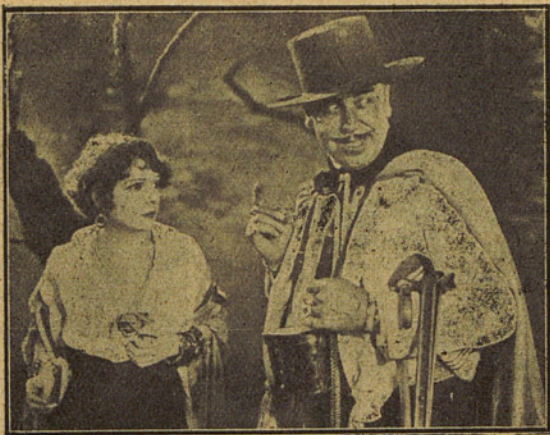
Ella miró y su espanto fué horrible.

—¡Oh, no quiero que le maten! ¡Piedad, piedad!

—Hablemos con calma... Tú quieres eso... y yo quiero otra cosa. Yo te prometo dejar partir libremente a tu amado, si accedes a ser amable conmigo.

No había tiempo que perder. El amor de Azucena la empujó al sacrificio; y, desfalleciente de emoción, respondió la cuitada:

—Lo que usted quiere, señor, puede tenerlo cuando le plazca.



—*Yo puedo más que todos, encantadora Azucena. Mira...*

Inmediatamente, Peterson hizo señales a los soldados con unas hachas encendidas, y Juanito fué detenido pero sin disparar sobre él.

—Su amado está salvado, Azucena, y ahora debe usted obligarle a que se vaya de aquí en el vapor de mañana a las siete. Dígame que ya no le ama y que es necesario, si quiere sal-

var su pellejo, que se marche. ¿Comprendido?

Con el corazón hecho trizas, la infeliz fué al encuentro de Juanito, y los soldados los dejaron solos, a prudencial distancia, mientras Peterson y el dueño del cabaret, que había querido presenciar el triunfo de aquél, se escondían detrás de un árbol de macizo tronco.

—¡Amada mía! — exclamó Juanito, apasionadamente.

Pero ella le rechazó e interpretó la comedia de su desamor, llegando a convencer a Juanito de que no le había amado ni un solo instante.



Pero ella le rechazó...

Y, desengañado, Juanito se arrepintió de haberla querido y partiría al amanecer, para salvarse y para odiarla.

Peterson se felicitó a sí mismo, y aquella noche Azucena durmió en su hacienda, sin molestarla lo más mínimo, queriendo que ella, durante la noche, tuviese tiempo de reflexionar sobre la conveniencia de mostrarse cariñosa con él.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, Peterson se propuso amenizarlo con las caricias de Azucena, pero ésta se mostraba tan esquiva como siempre y su tristeza era infinita.

Cansado de tantos remilgos, el "gran caballero" la abrazó a la fuerza, e iba a besarla, cuando alguien saltó por una tapia al patio.

¡Era Juanito!

—¡Quieto, bandido! — rugió, amenazando a Peterson con un revólver.

Azucena se abrazó a su amado, quien le dijo que había vuelto a ella porque había comprendido la farsa, y se dispusieron a huir, pero un criado de Peterson arrojó sobre Juanito un tiesto desde la galería de las habitaciones superiores, y logró desarmarlo.

Entonces Peterson amenazó a su vez a Juanito, pero Guillermo, apareciendo detrás de la tapia, logró, apuntándole su revólver improvisadamente, obligar al "gran caballero" a soltar el suyo.

Y, así, protegidos por Guillermo, que, a decir verdad, no las tenía todas consigo, los ena-

morados pudieron montar a caballo y huir.

Mas la señal de alarma fué dada inmediatamente y antes de que hubiesen salido del largo sendero que conducía a la hacienda, los fugitivos fueron detenidos y conducidos a presencia de Peterson.

—¡Que lo fusilen! — dijo a su lugarteniente, refiriéndose a Juanito, al que odiaba con toda su alma.

Azucena se ofreció incondicionalmente a Peterson para que éste salvase a Juanito, pero el malvado dijo altanero delante de todos sus súbditos, muchos de los cuales, en su mayoría mujeres y ancianos, lloraban al oír las enternecedoras palabras de la novia:

—¡Ahora vais a ver lo que cuesta mofarse del más gran caballero de Greenshore!

Toda a su dolor, Azucena rugió, burlándose de él:

—¿Gran caballero usted? ¡Usted es un cobarde que tiembla de miedo ante un niño!

—¿Eh?

—¡Sí! ¡Solo vino Juanito contra usted, y usted le pone enfrente cien hombres! ¿Gran caballero usted? ¿No ve como me río? ¡Y pronto reirá conmigo todo Greenshore!

—Bueno, bueno...

—¡Vamos, mande hacer fuego! Pero toda mi vida diré que el gran caballero de Greenshore era mi Juan Powell!

Las cosas tomaban mal cariz. Y, cobardón, para que su prestigio no sufriera menoscabo

delante de sus partidarios, Peterson, sonriente, contestó a Azucena, ordenando que se desatara a Juanito:

—¡No se dirá que en este país hubo un hombre mejor que Arcadio Peterson!

Mandó preparar su coche, hizo subir en él a la dichosa pareja para que regresara tranquilamente a la ciudad, donde podrían casarse y quedarse o marcharse, como les pluguiese, y, después de besarle la mano, ñació a Azucena:

— Y *ahora*, señorita, ¿quién piensa usted que es el más gran caballero de Greenshore?

—Usted, señor... ¡Ninguno como usted! — contestó Azucena, contrariando sus sentimientos para que su victoria fuese definitiva adu-
lando al necio más necio de todos los necios de Greenshore.

Y cuando los novios partieron, camino de la felicidad, hacia la ciudad primero y luego hacia otras tierras, Peterson se dijo, orgulloso de sí mismo:

—¡Dios, qué gran hombre soy!

FIN

Esta semana, en las selectas Ediciones Especiales de la
NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EL JARDIN DEL EDEN

por Corinne Griffith y Charles Ray

EB.